



Fig. No. 149.- Mocheras enérgicas y confiadas que portan los frutos de sus chacras al mercado de Trujillo.

ceremonias fúnebres, íntimamente ligadas con las costumbres de sus remotos antecesores.

Cuando un mochero adulto vuelve al seno de la madre tierra, sus familiares, especialmente las mujeres, expresan el dolor que los embarga por medio de relatos vertidos entre lágrimas y con un quejumbroso tono de salmodia, en los que se ponen de relieve los méritos que hicieron fecunda la vida del difunto. A los relatores de los hechos se les llama “llorones”. Si el desaparecido fue una persona de importancia y de holgada situación económica, se suman a las plañideras familiares otras que son contratadas especialmente para el caso; el número de éstas indica el mayor o menor valimiento del extinto. Los lloros y lamentos se inician en cuanto expira el enfermo, y se renuevan constantemente y sin variación alguna a la llegada de cada uno de los parientes.

Si el muerto es un niño, lo visten con una mortaja blanca y lo adornan con flores en gran profusión. Luego, lo sientan en una silla para el acto del velorio, y se ofrecen a veces, en homenaje del fallecido, hermosas danzas autóctonas.

Producido el deceso, los familiares tienden en el suelo las vestiduras del difunto y las velan durante ocho días. En este espacio de tiempo los rezos se suceden ininterrumpidamente.

Tanto en el aniversario de la muerte del ser querido

como en el día de los difuntos (2 de noviembre), los familiares visitan el campo santo donde, entre lloros, depositan en las tumbas ofrendas florales, blandones y las viandas que fueron de mayor agrado de quien duerme para siempre. Esta costumbre, tan llena de color, es una supervivencia del culto a los muertos que practicaron sus antepasados.

El pintoresco pueblo de Moche, de florida huerta, a pesar del mar austral, que no deja de cantarle nunca y que es todo trasiego y renovación, es un pozo del tiempo, raíz del ayer. Una robusta gavilla de costumbres originales de intensa emoción lo individualizan, y no es raro ver desligarse a lo largo de su campaña perfumada las escenas de la agricultura y las prácticas de otros días, como devoción a un pasado que convive con los mocheros, que se hace más hondo en su sentimiento y que el mochica supo volcar en sus cacharos, donde su recuerdo ha quedado perennizado.

CONCLUSIONES

Después de haber logrado el propósito de presentar los tópicos que nos trazamos y las investigaciones realizadas, queremos concluir expresando nuestro pensamiento sobre la cuestión racial, el valor de nuestro estudio en las excavaciones, el trato con los naturales y el análisis sobre el material cerámico.

Si bien muchas de las osamentas las hallamos en deplorables condiciones –especialmente los cráneos, que en su mayoría se habían desintegrado–, las excavaciones practicadas por nosotros en los valles de Chicama y Santa Catalina nos han permitido llegar a la conclusión de que los antiguos mochicas eran dolicocefalos y braquicefalos, tal como después fue ratificado por las mediciones practicadas por el doctor Weiss. Los chimús, cuyos cadáveres no son enterrados decúbite dorsal como los mochicas, sino sentados, son ya dolicocefalos, ya braquicefalos, y predomina la ultrabraquicefalia por deformación artificial. Esta particularidad nos hace pensar en la posible invasión de los extranjeros después de eclipsado el dominio mochica.

En momentos en que se imprime esta página estamos descubriendo las primeras tumbas en Cupisnique, que describiremos oportunamente en el capítulo que dedicamos al culto a los muertos.

Los cráneos hallados son mesocefalos y en algunos se ha comprobado la deformación artificial. La técnica es diferente de la chimú. La deformación se hacía cuidadosamente, de tal manera que la parte posterior de la cabeza era casi vertical.

Los cráneos hallados en los fardos funerarios de los enterramientos de Paracas son dolicocefalos. En Nasca también se encuentra este tipo de cráneos. Es interesante anotar que tanto en Paracas como en Cupisnique se observa la deformación artificial craneana, la cual es, por supuesto, exagerada en Paracas.

En los cementerios netamente incaicos encontrados en la hacienda Salamanca, la totalidad de los cráneos, junto con los cuales hemos hallado la cerámica inca del norte, son braquicefalos.

Las diferentes teorías existentes sobre el origen de las razas de América, como ya lo dijimos antes, están fundadas en simples y escasísimas analogías basadas en similitudes de detalles de construcción, lengua, religión y costumbres.

Un estudio comparativo de las culturas peruanas, manifestación espiritual del hombre que pobló estas regiones, nos permite aseverar que no hay influencia de pueblos extraños, pues al estudiar el desarrollo de su arte y sus mitos apreciamos una evolución lenta y natural debida a su propia capacidad y esfuerzo. En su cerámica el estilo es propio y se desarrolla desde los cacharos toscamente modelados hasta los bellísimos huacos retratos que no admiten comparaciones. En sus creencias arrancan desde la

primitiva adoración de los animales y fuerzas de la naturaleza hasta que, lentamente, en un estadio superior de su evolución, vuelven su inteligencia hacia ellos mismos, después de haber captado el mundo circundante, y crean una divinidad antropomorfa con breves rasgos de las deidades felínicas.

Una de las teorías de inmigracionismo, aparentemente más lógica, que se conoce es la del origen asiático del hombre americano. Pero aquí cabe indicar las siguientes objeciones: si los invasores amarillos vinieron a través del Estrecho de Behring, ¿por qué vemos surgir civilizaciones elevadas sólo en México, Centroamérica y el Perú? Lo real hubiera sido que el mayor florecimiento de la civilización americana se operara en Norteamérica. Además, ¿cómo es posible que los asiáticos no hayan traído consigo el caballo, el reno y la oveja? Antón, refiriéndose a este mismo tema, dice: “Sin negar la posibilidad de la población asiática en el Nuevo Mundo, entiendo que presenta muchos y muy fundados inconvenientes, porque en los tiempos históricos no hemos conocido jamás ninguna inmigración de estas gentes sibericas a través del Estrecho de Behring”. Ahora, si las aguas de la corriente asiática Kuro Shibo trajeron arrastradas barcas japonesas y chinas sin control a las costas americanas, ¿por qué sus tripulantes no trajeron siquiera un puñado de arroz? ¿Y por qué no nos legaron su lengua y su escritura? Existe una aseveración de Paz Soldán de que el idioma yunga se asemeja mucho al chino, y subsiste la tradición de que un chino llegó a entenderse con los indios de Lambayeque, pero tal aserción carece de fundamento, ya que no hay tal similitud de lenguas. Francisco Loayza también ha querido probar que descendemos de los japoneses, y como fundamento de su romántica tesis presenta en su libro sobre el particular las fotografías de unos objetos que, según afirmaba, habían sido exhumados en las ruinas de Chan Chan, objetos que no eran auténticos, sino simplemente frutos de la habilidad manufacturera de quienes comercian con los ceramios y objetos antiguos. Tal tesis fue desbaratada por nosotros, que comprobamos la ilegitimidad de dichas antigüedades en un artículo que publicamos en *El Comercio* de Lima.

Muchos arqueólogos se afanan en derivar las culturas peruanas, y muy especialmente la mochica, de las culturas centroamericanas, y hacen notar ciertas manifestaciones culturales similares, teoría que tiene necesariamente que influir también en las características

raciales de los pobladores del norte del Perú. Pero no debemos confundir: se cometería un gravísimo error al considerar influencias de otros pueblos por el solo hecho de existir cierta similitud en las construcciones o en los motivos artísticos.

El mundo está regido por las mismas leyes que el hombre descubre poco a poco en relación con el desarrollo cultural y que aplica en la vida de acuerdo con sus necesidades. El mecanismo biológico humano tiene un órgano creador de ideas, similar en todas las razas: el cerebro. Por lo tanto, en condiciones de ambientes similares y en un nivel cultural del mismo grado, existe la tendencia de crear cosas parecidas, sin que esto signifique que exista conexión entre uno y otro pueblo. No porque encontramos las construcciones piramidales en México, Egipto y Perú vamos a aseverar que existió conexión entre estos pueblos. Esta forma de construcción obedece a leyes arquitectónicas que descubrieron los hombres al pretender construir monumentos sólidos. La fuerza del desplazamiento obligó a inclinar las paredes exteriores; la necesidad de extraer los peces del agua creó el anzuelo; la de cocer ropa dio origen a la aguja. Todos los pueblos del orbe descubrieron estos dos implementos sin que haya habido, por cierto, conexión alguna entre uno y otro.

Si bien es cierto que se ha adelantado mucho acerca del origen del hombre americano, sólo podemos aseverar que su existencia en el continente, como tipo inconfundible, con características propias, respecto del Viejo Continente, es un hecho innegable. Se han encontrado muchos documentos etnológicos que demuestran que el hombre existió en América desde época remotísima. Ameghino afirmó que el hombre de las pampas (Monte Hermoso, Argentina) provenía del período terciario, y sentó una audaz y original teoría acerca del *Tetraprothomo*. En su concepto, éste representaba la forma ancestral del hombre, y considera al *Pithecanthropus erectus* de Java como su descendiente, no como su antecesor. La teoría de Ameghino ha sido duramente rebatida por muchos hombres de ciencia que han disentido de él y han sentado nuevas opiniones.

Los últimos descubrimientos cerca de Punta Arenas, en Tierra de Fuego, y en las planicies de Norteamérica, donde se ha encontrado un caballo primitivo (*Equus anticus*), con una punta de lanza incrustada en el hueso parietal, permiten afirmar ya la existencia del hombre en el tiempo en que el caballo aparece, y en

consecuencia, su antigüedad se remonta a cientos de miles de años. Nosotros consideramos al hombre de América autóctono.

Si el estudio del hombre americano ha permitido la más extraordinaria floración de ideas sobre su origen y trayectorias, igual diversidad y frondosidad en puntos de vista se comprueba en cuanto concierne al hombre peruano, y tanto que hasta hoy no se ha hallado el punto de contacto que permita establecer una síntesis definitiva. Sigue en pie el problema de cómo apareció en el dialecto y el variado suelo peruano el primer representante humano y de cómo fue desarrollando sus posibilidades en la cultura hasta integrar agrupaciones que le permitieron lograr un noble progreso espiritual y material, del que han quedado restos de excepcional importancia.

Nosotros nos inclinamos a creer también en el autoctonismo del hombre peruano y, más aún, en su desarrollo sobre los llanos de la costa.

Ciñéndonos estrictamente a la observación de los ceramios antropomorfos, bien podemos adelantar los siguientes caracteres étnicos para el habitante mochica del pasado: nariz fina y aquilina, cabellos lacios y gruesos, barba (poco común) bastante rala; tez en una gama de variación del amarillo carne al bronce intenso (Figs. Nos. 150 y 151).

El mochica fue constante obrero de su superación; de carácter paciente y sumiso, era respetuoso de sus leyes y amoroso de sus jefes, a quienes veneró aun después de muertos. De moral alta, fueron severos en sus castigos y llegaron a la crueldad con sus enemigos. Dotados de un minucioso espíritu de investigación debidamente sistematizado, nos los muestran los métodos que utilizaron en la agricultura. Su ímpetu guerrero no lo emplearon sino para mantener sus dominios en una limitada extensión territorial. Su fantasía, siempre encendida y multiforme, les permitió hacer maestras representaciones del natural y concebir símbolos e idealizaciones en sus ceramios. Espiritualmente se hacen acreedores de nuestra admiración por su inteligencia aguda y su gran temperamento artístico; por la vivacidad y extraordinaria riqueza de su imaginación; por su sentido práctico, cuando así lo exigía la realidad; y por su capacidad de empresa y de trabajo, que les permitió iniciar y culminar obras ingentes, como lo demuestran sus monumentos y sus canales de irrigación, que subsisten a través de los siglos y a pesar de la obra demoledora del tiempo.



Fig. No. 150.- Bustos retratos que permiten observar los tipos indios mochicas.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera
(XXD-000-004; XXC-000-016; XXC-000-032; XXC-000-037; XXC-000-006)



Fig. No. 151.- Cuerpos escultóricos que permiten observar los diferentes tipos raciales dentro del pueblo mochica.
 Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera
 (XSC-006-004; 035-009-009; 035-002-009; XSC-006-006; 034-006-009; 061-004-005)

NOTAS SOBRE LAS ILUSTRACIONES

La figura No. 152 corresponde a una india legítima, perteneciente a una familia llamada Yupanqui, radicada en la hacienda Chiclin. Posee los rasgos característicos del autóctono, pero en cambio difiere mucho por el color, que es enteramente blanco. Teniendo en cuenta esta particularidad, consideramos este tipo como punto de enlace con aquellos huacos retratos que poseen ciertas y marcadas peculiaridades caucásicas (Fig. No. 153).

En nuestro anhelo de poder presentar un indio auténtico con características mongólicas, hemos encontrado también dentro del personal de la misma hacienda el tipo que aparece en la figura No. 154. Sobre él hemos hecho una minuciosa investigación de su pasado; es decir, hemos buscado el origen de sus familiares más lejanos y hemos llegado a comprobar que no ha habido dentro de ellos ninguna influencia asiática. Las facciones de este tipo, como se ve, son muy similares a las que ostenta el huaco mochica de la figura No. 155.

Dentro de los tipos negroides, hemos conseguido los que presentamos en las figuras Nos. 156 y 158, hermanas de padre y madre, y pertenecientes a una viejísima

familia de Moche. A pesar de que son muy parecidas, las comparamos con las figuras Nos. 157 y 159 de los huacos que ofrecemos en la misma página, y encontramos las mismas facciones. Dentro de esta misma familia observamos al hermano menor, que es un verdadero exponente del tipo indio, finísimo. Estas captaciones harán ver claramente las modificaciones naturales que se operan dentro de una misma raza, sin que haya influencias extrañas, pues lo único que ocurre es la presencia de una mayor o menor finura del tipo.

Las figuras Nos. 160 y 161 representan prototipos de huanchaqueros, descendientes de viejas familias pescadoras radicadas en ese pueblo. Su atavismo aún está patente dentro de la conservación del apellido netamente genérico y propio. La figura 162 corresponde a una mochera vulgar que conversa, con la costumbre de llevar al hombro el rebozo o manto, y que utiliza como vestimenta el simple camisón sin mangas y el característico manto envuelto alrededor de la cintura, que se la cubre a manera de traje. Este mismo tipo lo vemos frecuentemente representado en los huacos mochicas, con los ojos ligeramente oblicuos. La otra (Fig. No. 138) corresponde a un pequeño hermano de la vieja familia a la que nos hemos referido, y que viene a ser el prototipo del mochero fino.



Fig. No. 152.-
Genuino exponente
de la indígena de
color blanco.

Fig. No. 153.-
Escultura mochica que
expresa facciones
caucásicas.
Museo Arqueológico
Rafael Larco Herrera
(005-005-002)



Fig. No. 154.- Tipo indígena de facciones netamente asiáticas.

Fig. No. 155.- Cabeza escultórica con similares facciones étnicas al indígena de la figura 154.

Museo Arqueológico
Rafael Larco Herrera
(054-003-001)



Fig. No. 156.- Mochera de facciones gruesas del tipo negroide.

Fig. No. 157.- Cabeza retrato de cerámica de facciones

vulgares negroides.
Museo Arqueológico
Rafael Larco Herrera
(XXC-000-003)



Fig. No. 158.-
Mochera cuyas
facciones son muy
similares a las del
huaco representado
en la figura 159.

Fig. No. 159.- Otra
cabeza retrato de
facciones vulgares
negroides.
Museo Arqueológico
Rafael Larco Herrera
(XXC-000-021)



Fig. No. 160.- Huanchaquera
de cara redonda y hermosas
facciones.

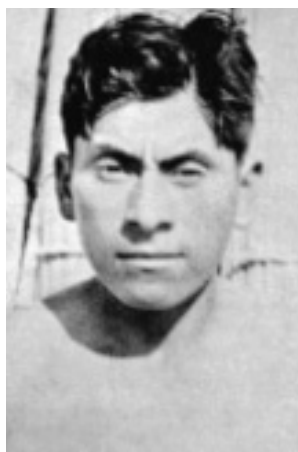


Fig. No. 161.- Ucañan. Joven y
valeroso pescador
huanchaquero.



Fig. No. 162.- Tipo vulgar
de mochera con rasgo
asiáticos.



Fig. No. 163.- Mochera cuyo
vestido es similar al que usan las
mujeres acomodadas en Moche.



Fig. No. 164.- Bellísimo tipo de india costeña.